

quiénes somos · contacto

Rinoceronte

05

Revista de Cultura

p a r t i r

c o n t i n u a r

c o n t a r

e n s a y a r


L e e r - R e l e e r

c e l e b r a r



SU- ma- rio

Diseño *Paula Ripesi*
www.gatoenelagua.com.ar

Ilustraciones del número 5:
Graciela Roldán
 [@gacheroldan](https://www.instagram.com/gacheroldan)

Contar

Juan Pawlow

El viejo en el puente. (1938)

Ernest Hemingway

Las dos trincheras. (2024)

Partir

Gabriela Cuomo

Atentados Poéticos

Continuar

Patricia Martínez Bin

D.N.I.

Ensayar

Daniel Ripesi

La otra cara de la guerra no es la Paz...

Leer- Releer

Rodrigo Nieto

La guerra como ficción borgeana

Celebrar

M. Eugenia Sánchez

Si hay lumbre no hay oscuridad

La yapa

Lectura: El Viejo en el puente *Ernest Hemingway*

D.N.I. Novela de Patricia Martínez Bin

Editorial

No
En
Nuestro
Nombre

Han sido y son tiempos de guerra.

Dar la vida por su ciudad...Epitaphios: "un elogio inalterable y una sepultura que es la más digna. Los hombres ilustres tienen por tumba la tierra entera... no es simplemente una inscripción sobre una tumba que, en su país, recuerda su existencia, pues incluso en un país extranjero, sin ninguna inscripción, cada una de esas tumbas lleva grabada esta inscripción, no en la piedra, sino en el corazón de los hombres"

[Versión castellana de Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso, traducción y notas de Vicente López Soto (Barcelona: Editorial Juventud, 1975).]

Cuando muere en la guerra un hombre, en la ciudad griega, los epitaphios dicen:

Honor y gloria a los caídos.

¿en nombre de qué?

Una mujer, Virginia Woolf, muchos siglos después escribe *Tres guineas*, publicado en 1938. Son tiempos difíciles, se solicitan adhesiones, se escriben solicitudes en nombre de la paz.

V. Wolf no firma, dice no, se niega a que los valores que amaba se conviertan en los estandartes de una guerra, si hay guerra no la hagan en nombre de nuestros valores, que no sea una guerra más del bien contra el mal y sobre todo ¡no la hagan en nuestro nombre! En ***El viejo en el puente*** de Hemingway, leemos el desamparo y la fragilidad humana. ¿A qué bando pertenece alguien que solo cuidaba de sus animales? Cuento que conversa con ***Las dos trincheras*** de Juan Pawlow, en ambos cuentos sus protagonistas pierden las referencias, ya no queda claro cuál es la realidad y cuál la pesadilla, la guerra arrebató a la vida sus referencias.

Atentados poéticos, entre la flecha y el insulto, entre la guerra y la paz. Gabriela Cuomo nos lanza el texto de Artaud: No podemos vivir eternamente rodeados de muertos y de muerte.

La identidad es una referencia, pero no alcanza, en ***D.N.I.*** de Patricia Martínez Bin, novela inédita que se publica en *Rinoceronte*, se trata de dar cuenta del tiempo que lleva apreciar cómo los acontecimientos de la historia, las guerras y las crisis se entretajan en eso que llamamos la historia de una vida.

El por qué de la guerra, la correspondencia entre Freud y Einstein le permite a Daniel Ripesi ensayar un recorrido que pone en cuestión si la otra cara de la guerra es la paz, Ensayar nos introduce así en los discursos de odio y en la tristeza como otra manera de derrota.

Hace su debut en este número Leer y Releer de Rodrigo Nieto, le damos la bienvenida a su texto: ***La guerra como ficción borgeana*** nos trae una afirmación fuerte: a la guerra no se la juzga, forma parte del destino, es parte de una cosmovisión que nos constituye, una manera de interpretar el mundo y de organizar la sociedad.

Celebrar es siempre un momento de alegría, en este número María Eugenia Sánchez nos cuenta su participación en un encuentro de *La Lumbre, en la provincia de San Juan, alrededor del fuego y de la luz, todos los meses un grupo de mujeres y hombres se juntan en el rito de narrar, de leer en voz alta, de compartir lo escrito*. Walter Benjamín ubicaba al narrador como experiencia colectiva y de memoria cultural.

El narrador, el creador de sueños, el inventor de mitos, es nuestra mejor expresión, nos devuelve referencias, teje lazos, ante el desamparo es refugio, es la excusa para escribir algo más que epitafios en esta nueva embestida del *Rinoceronte*.

Patricia Martínez Bin



Contar

Juan Pawlow

En la tradición occidental la escritura literaria está ligada a la guerra desde sus comienzos, es así en los poemas épicos La Ilíada y La Odisea.

A su vez podemos conjeturar que antes de la invención de la escritura, los relatos orales también narraban las hazañas y las desgracias de los héroes, entre historia y ficción. ¡Qué pena que la mayoría de aquellos relatos se diluyera en el tiempo!

La escritura vino a remediar aquella pérdida, algo entonces quedó fijado para siempre. Un progreso.

Por desgracia la maquinaria de la guerra también progresó. De palos y piedras, se habrá pasado a flechas y hondas; y luego la pólvora y las armas de fuego, cañones, tanques, aviones, misiles y la nueva estrella: el dron mortífero.

Alguna vez me atrajo el título de la nota de un periódico: “La primera guerra de la historia de la humanidad”, ilustrada con imágenes de un yacimiento arqueológico y un diagrama de la disposición de restos humanos en el cementerio 117 en *Jebel Sahaba*, un cementerio prehistórico.

Se conjetura que esos cuerpos fueron sepultados allí en orden, y en una tarea de años. Las víctimas enterradas por la gente de su grupo tenían marcas de flecha de punta de sílex. Algunos investigadores son precisos a la hora de nominar el conflicto: hablan de una guerra de baja intensidad con una duración prolongada. Un conflicto datado en aproximadamente 13.000 años, que se desarrolló durante meses y meses, años, y que dejó en ese lugar algunas decenas de muertos, un poco más de cincuenta. Tenían tiempo para matarse.

Siglos después progresamos: pueden morir miles y miles en pocos segundos.

La literatura cuenta desde siempre las historias de la guerra. En medio de la narración del horror uno puede quedar, sin embargo,

cautivado ¿Si no, qué explica que un libro con cientos y cientos de páginas como *Guerra y Paz* no pueda dejar de leerse hasta el final? Pero no solo Tolstoi cautiva, lo mismo sucede, por ejemplo, con otras cientos de páginas reunidas en *Vida y destino* de Vassili Grossman. No se puede dejar de leerlo, aún cuando uno parece estar metido en medio de la crueldad de la batalla, en Stalingrado o en las colinas de Selow.

Hay otros, muchos, relatos en dónde la II guerra mundial muestra la desgracia. Están las novelas de Curzio Malaparte "La piel", "Kaputt", o "El sargento en la nieve" de Mario Rigoni Stern por el lado de los escritores italianos. Está ese relato tal vez literariamente menor pero conmovedor, escrito por Uwe Timm en base a las cartas de su hermano, soldado alemán "Tras las sombras de mi hermano". Claro, también están los testimonios acerca de los campos de exterminio, vaya como símbolo de ellos "Si ésto es un hombre" de Primo Levi.

¿Se puede contar tal horror? No se para de hacerlo.

La guerra ha vuelto -aún cuando nunca en realidad se había ido- a estar presente y ser una preocupación central en Occidente.

En Rinoceronte decidimos abordar la temática. En esta sección con dos cuentos. Un relato magistral de Ernest Hemingway acerca del desamparo que produce la guerra cuando la batalla se acerca; el otro, cuando la inminencia de la batalla que amenaza se convierte en una larga espera incierta (rendimos homenaje allí a "El desierto de los tártaros" de Dino Buzzati).

El viejo en el puente (1938)

Ernest Hemingway

Un viejo con gafas de montura de acero y la ropa cubierta de polvo/ estaba sentado a un lado de la carretera. Había un pontón que cruzaba el río, y lo atravesaban carros, camiones y hombres, mujeres y niños. Los carros tirados por bueyes subían tambaleándose la empinada orilla cuando dejaban el puente, y los soldados ayudaban empujando los radios de las ruedas. Los camiones subían chirriando y se alejaban a toda prisa y los campesinos avanzaban hundiéndose en el polvo hasta los tobillos. Pero el viejo estaba allí sentado sin moverse. Estaba demasiado cansado para continuar. Mi misión era cruzar el puente, explorar la cabeza de puente que había más allá, y averiguar hasta dónde había avanzado el enemigo. La cumplí y regresé por el puente. Ahora había menos carros y poca gente a pie, y el hombre seguía allí.

—¿De dónde viene? —le pregunté.

—De San Carlos —dijo, y sonrió.

Era su ciudad natal, por lo que lo llenó de satisfacción mencionarla, y sonrió.

—Cuidaba de los animales —explicó.

—Oh —dije, sin entenderlo del todo.

—Sí —dijo-, ya ve, me quedé cuidando de los animales. Fui el último que salió de San Carlos.

No tenía pinta de pastor ni de vaquero, y tras observar su ropa negra cubierta de polvo, su rostro gris cubierto de polvo y sus gafas de montura de acero, dije:

—¿Qué animales eran?

—Animales diversos —dijo negando con la cabeza—.

Tuve que dejarlos. Yo estaba contemplando el puente y el aspecto de paisaje africano del delta del Ebro y me preguntaba cuánto tardaríamos en ver al enemigo, y todo el rato estaba atento por si oía los primeros ruidos que delataran ese misterioso suceso denominado contacto, y el hombre seguía allí sentado.

—¿Qué animales eran? —pregunté.

—En total tres clases de animales —explicó—. Había dos cabras y un gato y cuatro pares de palomos.

—¿Y los ha dejado? —le pregunté.

—Sí. Por culpa de la artillería. El capitán me dijo que me fuera por culpa de la artillería.

—¿Y no tiene familia? —pregunté, vigilando el otro extremo del puente, donde los últimos carros bajaban deprisa la pendiente de la orilla.

—No —dijo—, solo los animales que le he dicho. Al gato, naturalmente, no le pasará nada. Un gato sabe cuidarse, pero no quiero ni pensar qué va a ser de los otros.

—¿En qué bando está usted? —le pregunté.

—Yo no tengo bando —dijo—, y luego seguiré. ¿Adónde van esos camiones?

—A Barcelona —le dije.

—No conozco a nadie en esa dirección —dijo—, pero muchas gra-

cias. Se lo repito, muchas gracias.

Me miró sin expresión, cansado, y a continuación, necesitando compartir su preocupación con alguien, dijo:

—Al gato no le pasará nada, estoy seguro. No hay por qué inquietarse por un gato. Pero a los demás, ¿qué cree que les pasará a los demás?

—Bueno, probablemente tampoco les pasará nada.

—¿De verdad lo cree?

—¿Por qué no? —dije mirando la otra orilla, donde ya no había carretas.

—Pero ¿qué harán cuando empiece el fuego de la artillería, si a mí me dijeron que me fuera por culpa de la artillería?

—¿Dejó abierta la jaula de los palomos? —pregunté.

—Sí.

—Entonces saldrán volando.

—Pero los demás. Más vale no pensar en los demás —dijo.

—Si ya ha descansado, yo que usted me iría —le insistí—. Levántese e intente andar.

—Gracias —dijo, y se puso de pie, avanzó haciendo eses y volvió a sentarse en el polvo, dejándose caer.

—Yo solo cuidaba de los animales —dijo sin energía, pero ya no hablaba conmigo—. Solo cuidaba de los animales.

No se podía hacer nada por él. Era Domingo de Pascua y los fascistas avanzaban hacia el Ebro. Era un día gris y las nubes iban bajas, por lo que sus aviones no volaban. Eso, y que los gatos supieran cuidarse solos, era toda la buena suerte que tendría aquel hombre.

Las dos trincheras.(2024)

Juan Pawlow

Dudaba. Allí en un flanco de la colina dudaba, como en casi toda su vida, pero esa vez su duda condicionaba el quehacer de cincuenta y cuatro hombres más.

En ese costado de la colina se acrecentaba la inquietud del momento, él podía escuchar ese rumor sordo de los hombres. El problema, lo que lo hacía dudar, es que no sabía qué había del otro lado, con qué podrían encontrarse.

¿Cuántos hombres habría allí, esperándolos, una vez traspasada la cima de la colina?

Tenía informaciones, y él mismo con una serie de precauciones exageradas se había asomado a ver la situación; aunque no pudo observar demasiado.

Tenía informaciones encontradas. Justo antes de subirse al camión que los llevó hasta allí el coronel Izhets, le dijo: “¿tomarán los bañados del Zhyto? Tenga mucha precaución capitán que han reforzado la plaza, justo ayer.”

Sin embargo, cuando llegaron a la posición había un grupo de francotiradores que estuvieron apostados allí por semanas, eran seis. Ellos juraban que no había más que seis o siete hombres vivos en la trinchera ubicada del otro lado. Opinaban qué hacer: mandar a su tropa a bajar rápido la colina, no más de trescientos metros corriendo hacia abajo, y luego arrastrarse por el barro del bañado que tenía los pastos altos, estarían protegidos. Ese humedal tendría unos trescientos metros de ancho a lo sumo y al atravesarlo se encontrarían frente a frente con el enemigo, la trinchera estaba justo detrás. ¿A quién darle crédito?

Del otro lado el hombre esperaba. Un solo hombre sostenía la metralleta pesada. Tenía otras armas listas esparcidas a lo largo de la trinchera, su idea era, en caso de ataque, correr de un lado al otro disparando, tratando de que los otros pensarán que varios hombres resistían. Tal vez eso los disuadiría antes de entrar al mallín.

Los francotiradores habían sido explícitos antes de ser trasladados: “Capitán, aproveche mañana bien temprano la bruma del amanecer que se desprende de la humedad del pantano, así sus hombres bajan la colina sin ser vistos y toman la trinchera casi sin bajas, no espere, porque después, con el sol alto se despeja la bruma y corre más riesgos”. Eso le habían dicho tres días atrás, porque tres amaneceres ya habían pasado, tres ocasiones perdidas según el juicio de los francotiradores.

Ellos debían saber, tenían buena información, se turnaban para es-

tar agazapados día y noche en los escondrijos de la parte más alta de la colina. Allí donde él también había estado, pero que no le sirvió de mucho porque aún con binoculares no pudo ver nada.

Había quedado solo allí la noche pasada. Cuatro días antes el teniente se había hecho matar, no se puede pensarlo de otra manera, se asomó fuera de la trinchera con sus binoculares para tratar de ver si todavía estaban los francotiradores. Tal vez el teniente no tuvo tiempo de confirmar que aún estaban allí, seguramente no habrá alcanzado a razonarlo, su cuerpo en cambio sí confirmó que ellos todavía estaban ahí, su cabeza recibió un primer disparo e inmediatamente su pecho otro y cayó desplomado, sin vida.

“Capitán, escuche, ayer le dejamos uno menos. Uno sacó el cuerpo y se ofreció como blanco humano y acertamos enseguida, mi compañero Nikita y yo”. Dijo Bogdan resueltamente.

¿Qué habrá llevado al pobre infeliz a asomarse de esa manera? Y después, al día siguiente, luego de haber enterrado al teniente en el extremo izquierdo de la trinchera, a las dos horas, casi sin descansar, tuvimos que hacer otra tumba. De repente el subteniente murmuró algo, se agarró el pecho y cayó para atrás, imposible reanimarlo por más que el enfermero se esforzó. Y cavamos nuevamente. En plena guerra el subteniente murió sin que ninguna bala lo alcanzase.

Pero el coronel había sido claro: el bañado del Zhyto había sido

fuertemente reforzado. “¿Y si eso ocurrió mientras los francotiradores dejaron sus puestos a la espera del camión que a nosotros dejó acá y a ellos los llevó a otro destino?” pensó el Capitán. Y no resolvía la duda, y sus cincuenta y cuatro hombres esperaban ansiosos. Porque esperar la acción inminente es a veces peor para los nervios que el propio momento del ataque, cuando no hay tiempo de pensar en nada, solo de disparar y refugiarse lo mejor posible para no ser alcanzado por los disparos de los otros.

¿Por qué se había quedado sólo allí? ¿por qué no había hecho como sus compañeros que al no haber nadie ya al mando se fueron, dos la primera noche, el Tata y Rogelio, los últimos cuatro la noche siguiente? Luis, su compañero más próximo, al que casi podía considerar un amigo, le insistió: “vamos, vamos”. Él apenas con un gesto y una mirada firme se negó. Luis se fue con los demás.

Resolvió una cosa. La cosa más elemental, lo que debería haber hecho desde el principio. Lo que enseñan al inicio en cualquier Academia Militar. Pero él había estado bloqueado todo el tiempo. No había podido ni siquiera pensarlo. Finalmente resolvió mandar una patrulla de exploradores para obtener mayor información y despejar sus dudas.

Ni él mismo podía creer eso de “despejar las dudas”: tener más información no las acallaría (porque en su interior había debates infinitos, voces que se contradecían y él quedaba impávido, escuchándolas, sin poder reaccionar, esas voces no se callaban

nunca). Tener mayor información podía hacer que esas voces refinaran los argumentos, los pro y los contra, pero no resolverían nada.

Sin embargo, pudo decidir algo, se atuvo a sus conocimientos básicos de estrategia militar y eligió a tres de sus hombres para que a primera hora de la mañana trepen la colina y pasen del otro lado.

¿Por qué había quedado solo en esa guerra? ¿Por qué estaba luchando esa guerra?

Tenía alguna idea dispersa. Era ya un hombre grande, incluso era mayor que todos sus compañeros. Era el único que no había sido reclutado obligatoriamente. Era un soldado voluntario.

Cuando comenzó aquella guerra años atrás él estaba sin nada que hacer. Solo leía y leía, tirado en una cama, a veces pasaban días y apenas se levantaba, no se bañaba en semanas. Estaba abandonado. Varias veces había pensado en matarse; era sencillo, caminaba tres pasos y abría la ventana y se arrojaba desde allí, y después nunca más nada.

Pero estaba en un segundo piso y tal vez la altura no fuera suficiente y entonces podía quedar tullido, y sería un trastorno para alguna de las personas que conocía. En ese caso podría intentarlo nuevamente pero ¿y si su incapacidad física hacía que no pudiera intentarlo de nuevo? ¿Si era condenado a mirar la vida que no quería vivir desde la inmovilidad más absoluta?

Tal vez aquel Coronel le había dado datos falsos. No sería la pri-

mera vez. Tal vez su batallón estaba destinado a tomar Za Zhytom el pequeño caserío que estaba dos kilómetros atrás del pantano, y quería llegar primero, querría tener algún reconocimiento por ello, alguna medalla. Por esas cosas dan medallas, por mentirle al otro y anticiparse en sus movimientos.

Ahora sí. Tenía un motivo convincente, la mentira del Coronel Izhets, debería haber estado advertido por su apellido. Una vez aparecido ese pensamiento respecto de las intenciones del Coronel no dudó más. Al menos no respecto de los dichos de ese personaje siniestro.

El enterarse del estallido de la guerra lo sacó de la inmovilidad en la que había vivido los últimos dos años. Por primera vez en todo ese tiempo algo de la realidad reclamaba su atención. La vida dejó de pasar sólo por las páginas de los libros. Sin pensarlo demasiado tomó una decisión. Corrió a alistarse.

La noche fue tensa. Larga y tensa. Al menos tensa para él, la tropa ya se había distendido y dormía, salvo el personal de guardia, al tomar él la decisión y dar la orden concreta de mandar a los exploradores el resto estaba más tranquilo. Él no, se acercaba el momento de tomar otras decisiones y quería apurarse. Esa idea de la que ahora tenía absoluta certeza acerca de la falsa información que le había dado aquel Coronel lo incentivaba a dar el paso a él. Su sección tomaría Za Zythom en cuanto antes.

Pero no fue fácil ni rápido su alistamiento, porque él era un hombre

mayor para una guerra aún cuando no lo sintiera. Sólo el paso del tiempo, la necesidad de reemplazar los hombres caídos, hizo que su petición fuera aceptada y allí estaba, esperando el ataque de los invasores, solo en una trinchera barrosa, en el confín de un mallín patagónico, escuchando el canto de un tordo que habitaba un árbol que a la lejanía parecía un peral; tal vez no lo fuera, ¿cómo habría llegado a crecer un peral solitario allí?

La información fue contundente, con la bruma ya despejada esperaron en los pastos del humedal y sólo observaron un par de frágiles columnas de humo distanciadas unos 20 metros una de otra que salían de la trinchera. El soldado Andrei también dijo divisar la parte superior de un casco; no había prácticamente actividad en esa trinchera. La única dificultad para el ataque era esa franja de tierra húmeda y fangosa. La información dada por los francotiradores era correcta: no podía haber allí más de cinco o seis hombres.

El capitán confirmó sus sospechas. El Coronel quería su medalla por tomar Za Zythom.

De tanto en tanto avivaba alguno de los fuegos, siempre debían ser al menos dos y también de a ratos paseaba un casco sostenido por un palo para que los otros vieran actividad en la trinchera. Eran sus precauciones.

El Capitán dio la orden a las 5:30 a.m. Cincuenta y dos hombres se precipitaron por la colina hacia el fango. Él y su ayudante supervisaban el ataque desde una posición a lo alto de la colina.

Justo cuando la silueta del subteniente Nicolai Sobenko que comandaba el ataque se delineaba por entre las finas partículas de la niebla, el hombre despertó de sus sueños sobresaltado. Tal vez fue por el canto del tordo que habitaba el árbol contiguo a su ventana y que en ese momento anunciaba el amanecer. Su cama estaba aún más desordenada que nunca y las sábanas sucias y húmedas; "debería lavarlas", pensó. Por la noche había tenido sueños muy vívidos y había sudado mucho.

El libro que estuvo leyendo hasta entrada la madrugada y que cayó al piso en algún momento de la noche era "I deserto dei Tartari" de Dino Buzzati.



Partir

Gabriela Cuomo

En un texto temprano de su obra S. Freud retoma la idea del neurólogo Hughlings Jackson, afirmando: “(...) el primero que en vez de arrojar una flecha al enemigo le lanzó un insulto fue el fundador de la civilización (...)” (Freud, 1893, 2005, pp. 37-38) La historia de la humanidad se ordena, en cierto sentido, alrededor de esa fundación inacabada y moebiana que nos mantiene entre la flecha y el insulto, entre la acción y la palabra, entre la guerra y la paz.

En 1932, un intercambio epistolar entre Einstein y Freud queda sellado bajo la pregunta ¿Por qué la guerra? Einstein interroga a Freud sobre “(...) el más imperioso de todos los problemas que la civilización debe enfrentar (...) ¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra?” (Freud, [1933] 1932, 2006, p. 183)

Freud, ni pesimista ni optimista, da sus razones para explicar lo que fermenta desde la vida pulsional en cada ser humano y puede conducir al entusiasmo por la guerra y la destrucción del otro.

Freud se declara pacifista, algo se subleva en él y tantos otros contra la guerra y sus efectos. Algo que pulsa por sostener, también desde el fermento pulsional, los lazos humanos que arman comunidad, lo que se edifica desde allí como proceso cultural.

En la publicación *Todo cuerpo es político. Rebeldías corporales en el arte argentino contemporáneo*, bajo la dirección de Alfredo Rosenbaum, se puede leer un capítulo escrito por Pablo Paniagua, que aborda los atentados poéticos como acción de un grupo de artistas denominado *Comando Literario*, en la década del '90. El movimiento se proponía llevar poesía a espacios públicos porteños de manera espontánea, irrumpir en lo cotidiano subvirtiendo la escena común. En un contexto económico político de crisis y desocupación, frente a la expansión de la apatía y la desesperanza, el grupo de artistas produce una respuesta en contracorriente a las lógicas neoliberales imperantes con sus efectos de adormecimiento y sometimiento en los cuerpos.

Dice Paniagua: "Las acciones del Comando literario se estructuraban en dos momentos. Primero, abordaban el espacio como cualquier cliente: entraban al bar o restaurante, ocupaban una mesa, pedían lo que iban a consumir y lo hacían. En un segundo momento surgía el Atentado Poético, como lo llamaban ellos: era un breve pero intenso lapso entre pagar e irse del lugar. Después de haber pagado y antes de irse, comenzaban a recitar en voz alta, frente a los clientes y empleados del lugar que, al compartir el espacio, se

volvían espectadores, al tiempo que la mesa desde donde recitaba y leía el Comando, tomaba características escénicas. El objetivo no era solo leer o recitar, el objetivo era ser escuchado". (Paniagua, 2023, p. 70)

Es ésta una pequeñísima referencia a un movimiento de fines del siglo XX, que antecede a las performances poéticas, los jamming y los micrófonos abiertos de poesía en la actualidad. Lanzamos como flecha a los/as lectores/as de Rinoceronte, el texto de Artaud que aquel movimiento gritara a viva voz cada vez, en cada atentado, para agitar e invitar a otra política de los cuerpos que no sea la destrucción y la guerra.

No podemos vivir eternamente rodeados de muertos y de muerte. Y si todavía quedan prejuicios hay que destruirlos. EL DEBER del escritor, del poeta, no es ir a encerrarse cobardemente en un texto, un libro, una revista de los que ya nunca más saldrá, sino al contrario, salir afuera, para sacudir, para atacar a la conciencia pública, sino ¿para qué sirve? ¿y para qué nació? (Artaud, Carta a los poderes, 2012)

Continuar

Patricia Martínez Bin



D.N.I.

Desde Homero la guerra y sus avatares, el héroe y sus hazañas dan lugar a un modo de narrar y de contar historias.

Hoy nos dejamos acompañar por Ursula Le Guin y su breve ensayo: **La teoría de la bolsa de la ficción**, donde contrapone el relato heroico,- cuyo modelo es la flecha o la lanza, disparar aquí para ir directamente allá, dar en el blanco, donde la preocupación central de la narración sería el conflicto y por supuesto el modo de superarlo por el héroe-; por este modelo narrativo que llamó de la bolsa, podría ser el recipiente o la botella, ahí donde las cosas se pueden juntar y guardar. ¿Acaso un libro no guarda palabras? hermosa manera de decirlo. Encontrar otra manera de narrar no olvidando que tal vez el primer dispositivo cultural fue una bolsa. Para Le Guin el conflicto está presente en la narración, pero no es el único factor, la bolsa de la novela está llena de comienzos sin fin, de iniciaciones, de pérdidas, de transformaciones y traducciones.

D.N.I. es una novela inédita que compartiremos por capítulos cada domingo. Una bolsa para intentar contar una historia que sucede en tiempos de guerra.

Un agradecimiento especial a Nina D´Abramo y a Camila Rodríguez Monserrat por el arte de la tapa.

En este número de Rinoceronte compartimos un fragmento:

ESPORÁDICO- PARA LEER ANTES O AL TERMINAR NOVELA SEGÚN GUSTO DEL LECTOR.

...De lo perdido, de lo irremediabilmente perdido, sólo deseo recuperar la disponibilidad cotidiana de mi escritura, líneas capaces de cogerme del pelo y levantarme cuando mi cuerpo ya no quiera aguantar más...

Roberto Bolaño

6 de marzo de 2002

Nunca perdí la costumbre escolar de considerar que los años comienzan en marzo. Mañana tengo mesa de examen desde las diez, vuelta la burra al trigo.

La idea de escribir ronda por mi cabeza. Una novela. Veinte años para atrás. Verme en el espejo de Delia. Quizás. Don Rosendo tiene que estar, no puede faltar a la cita. Comenzaré

a escribir un martes.

¿July? Tal vez. Según Leibniz podrían cruzarse en un punto del tiempo e inaugurar un destino que habría sido. La Francisca de don Rosendo, dulce como la caña, entrando al baño de Retiro, conversando con July. July consigue un trabajo para la Francisca en la panadería del buen hombre que se hace tirar la goma por un paquete de facturas calientes.

1982 no es mal año para empezar. La guerra aún hoy me parece irreal, un telón de fondo siniestro y distante que no alteró el ritmo cotidiano de nuestras vidas.

Cada tanto el sobresalto de algún comunicado del estado mayor conjunto.

El último parte de guerra lo escuchamos juntas con Edith y a falta de poder hilvanar algo sobre lo que sentíamos en ese momento nos detuvimos a analizar el texto del comunicado cómo si fuera un ejercicio literario. Las palabras esquivaban la idea de derrota, rendición, pérdida, se transformaban en un encuentro entre generales de ambos bandos, el ejercicio de labrar un acta y fijar condiciones de retiro de tropas, eludían de ese modo o lo intentaban, la idea de vencedores y vencidos.

Sin embargo, ahora, casi veinte años después, me doy cuenta que la guerra sí modificó nuestras vidas, de una manera que no sabría

explicar. Tal vez es mera coincidencia temporal y no causal, lo cierto es que el fin de la guerra marcó el inicio de otra etapa en mi vida.

Delia tiene razón, el tango está definitivamente equivocado, veinte años es un montón...

Continuará por entregas en domingos de novela.

En la yapa se puede bajar la novela completa.



Ensayar

Daniel Ripesi

La otra cara de
la guerra no es la
Paz

Hacia septiembre de 1932, dos importantes figuras del ámbito científico-cultural europeo intercambian correspondencia para reflexionar sobre cuáles podrían ser las posibilidades de liberar a la humanidad de las amenazas de la guerra. Ellos ya habían sido testigos de los horrores de la Primera Guerra Mundial, y percibían el inquietante crecimiento del movimiento nazi en la Alemania en aquellos años. Ambos estaban -por esta misma razón- a punto de marchar hacia el exilio. Se trataba de A. Einstein y S. Freud.

En sus respectivas misivas, coincidían en suponer (como por otra parte ya Hobbes -en 1651- y Rousseau -en 1762- lo habían sugerido con la idea del “contrato social” como fundamento de la experiencia cultural), que la paz entre los seres humanos dependía de que los distintos estados cedieran algo de su propia soberanía en favor de un organismo legislativo y judicial supranacional que mediara en los conflictos que pudieran producirse entre ellos. (1)

Ambos creían además que el desarrollo cultural de la humanidad era el antídoto más seguro contra el ejercicio de la violencia para resolver conflictos. Pero mientras que Einstein tenía sus reservas respecto del aporte que en este sentido pudiera realizar la llamada “intelligentsia” de una sociedad (una clase intelectual que -según su propia observación- “no tiene más contacto con la vida real que “la hoja impresa”(2)), Freud se mostraba marcadamente elitista para evaluar la diversa capacidad de los individuos en someter a la razón la violencia de cierta pulsión mortífera: “Es pre-

ciso -le comenta a Einstein, en un pasaje de su misiva- poner mayor empeño en educar una capa superior de hombres dotados de pensamiento independiente, inaccesibles a la intimidación, que breguen por la verdad y a los cuales corresponda la dirección de las masas dependientes”(3).

Al mismo tiempo Freud señalaba que el punto de partida en lo que hace a la distribución justa del poder en una comunidad -para sostener una convivencia pacífica-, parte siempre de una marcada desigualdad: “la superación de la violencia por la cesión del poderío a una unidad más amplia, mantenida por los vínculos afectivos entre sus miembros (...) no se complica mientras la comunidad sólo conste de cierto número de individuos igualmente fuertes. Las leyes de esta asociación determinan entonces en qué medida cada uno de sus miembros ha de renunciar a la libertad personal de ejercer violentamente su fuerza para que sea posible una segura vida en común. Pero esta situación pacífica sólo es concebible teóricamente, pues en la realidad es complicada por el hecho de que desde un principio la comunidad está formada por elementos de poderío dispar, por hombres y mujeres, hijos y padres”, y al poco tiempo, a causa de guerras y conquistas, también por vencedores y vencidos que se convierten en amos y esclavos” (4).

El punto de partida para garantizar cierta paz social no encontraría entonces a todos sus ciudadanos en igualdad de oportunidades. Pareciera ser que los dos factores que animan de manera

determinante la guerra, son el deseo de reconocimiento y el de propiedad (y, se puede suponer que una y otra cosa se implican mutuamente).

La paradoja del reconocimiento como motor de una hostilidad es que todo reconocimiento necesita la permanencia con vida de un otro que lo sostenga con su aceptación, en todo caso aniquilarlo dejaría en desamparo al odio que busca una autoafirmación y un objeto persistente.

Y la paradoja de la noción de propiedad es que puede despertar el deseo del otro, su codicia, también su envidia. Deleuze señala que cuando Robinson Crusoe ve la huella de Viernes en la arena, y descubre que no está completamente solo en la isla, lo primero que atina hacer es correr hasta su choza para protegerse y defender sus propiedades... El otro es tan necesario como amenazante.

Para Aristóteles, por ejemplo, una sociedad justa es aquella que ha logrado igualar las propiedades (considerando que el verdadero problema no es tanto la propiedad en sí misma sino el deseo desmedido de poseerlas -lo que hace al concepto de "crematística"-), finalmente, cuando no estalla una guerra por necesidad -que suponen, sin duda, los enfrentamientos de características más crueles-, se desatan por ambición.

Para Hobbes, la política es el instrumento más adecuado para impedir la guerra (a partir del pasaje desde el estado de naturaleza en el que la libertad es absoluta, y en el que por esta razón cada quien puede tomar todo lo que quiera -pues todos tienen derecho a lo que pueden-, "lobos entre lobos"), pasaje, entonces, al estado de derecho en el que por voluntad común se pacta la alienación del poder individual en un poder superior (se trata del poder del estado que monopoliza el terror ante el castigo por una eventual violación del pacto). De modo que todos ceden algo de su potencia a un poder exterior que controla los posibles "desbordes" de la libertad individual.

Todo lo contrario al pensamiento de Spinoza para quien nada ni nadie debe limitar la potencia inmanente de los individuos (por el contrario, cuando el poder instituido limita esa potencia, es que se activa el derecho a la guerra...). Y a menudo, se lo limita denostando el ejercicio político como herramienta de la expansión dinámica en los ciudadanos del deseo y la pluralidad.

Como lo observa Diego Tatian: "Si Hobbes llama "política" a la situación que comienza con la desposesión de los derechos naturales -fuente de conflictos- y su alienación en la instancia soberana -antes de lo cual hay sólo naturaleza y guerra-, Spinoza por el contrario, afirma la conservación del derecho natural en el interior del espacio político, lo que preserva dicho espacio, paradójicamente, de su despolitización, de su despontenciación"(5) .

En la perspectiva de Spinoza los discursos de odio restan esa potencia colectiva (que debería retroalimentarse y multiplicarse en la libre expresión de una comunidad). El odio proclama de un modo u otro la inutilidad de la política en beneficio de un sometimiento. (Lo que parece ser la otra cara de la guerra, el sometimiento de los pueblos produciendo a partir del odio una afectación que favorece estados de tristeza y desesperanza). No se trata de una sanción moral del odio como afecto, el problema no es establecer quién odia y quien ama como definición política, sino analizar críticamente qué hacer con el odio que es un afecto natural en todo ser humano...

A continuación presentamos una entrevista realizada al Dr. Diego Tatian (6), que se ofreció al público como "Spinoza y la filosofía de la liberación", y que nos permite pensar la relación entre las pasiones humanas y la política, es decir, la producción de una comunidad que tiene sus raíces en la noción ambivalente de "multitud".
<https://www.youtube.com/watch?v=pGtCzqlapX0>

(1) En rigor, ya funcionaba desde el término de la Primera Guerra Mundial, un organismo que aspiraba a encarnar esa ambición, la Unión de Naciones, institución que dió lugar años más tarde (1946) a la ONU.

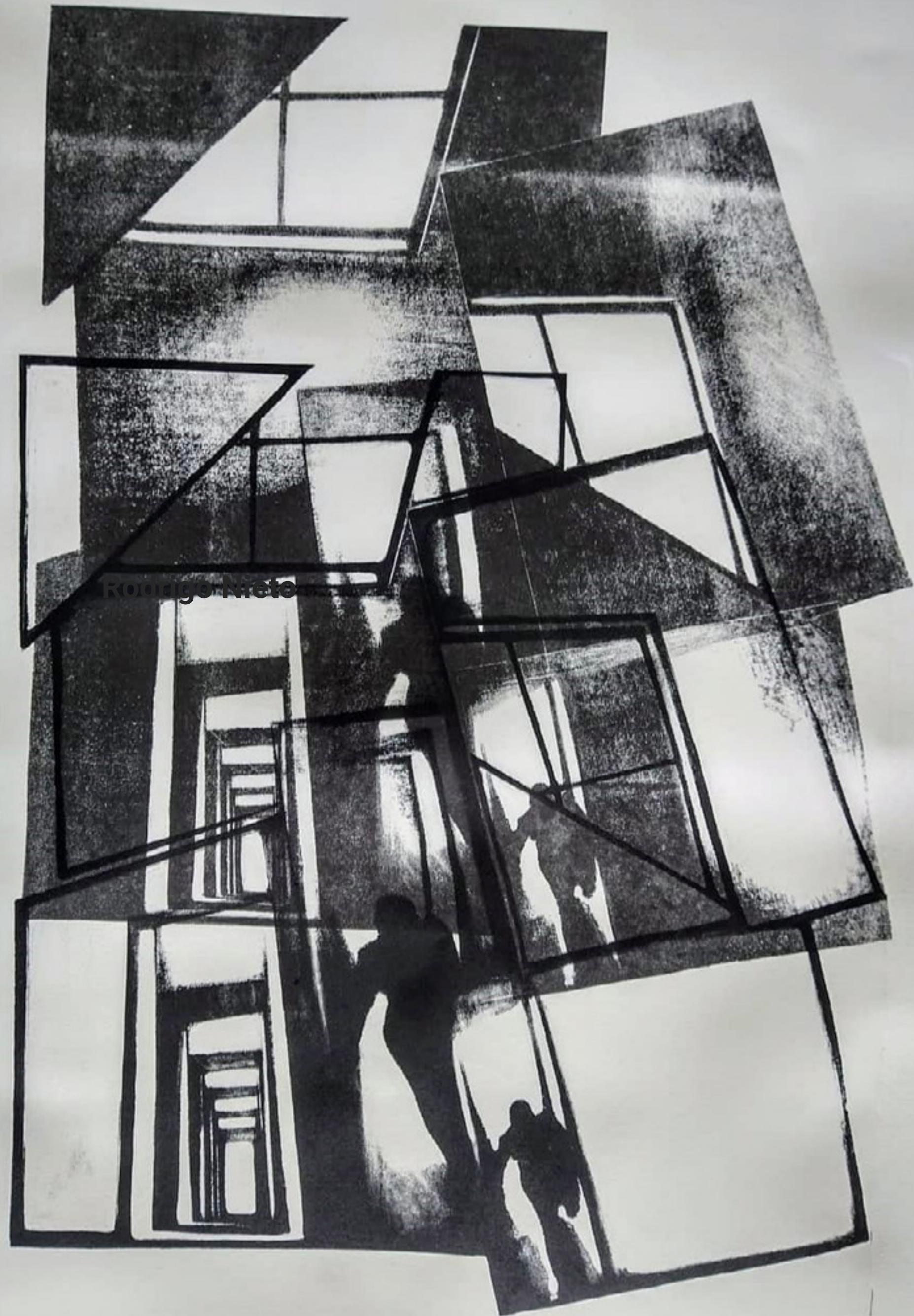
(2) ¿Existe la posibilidad de dirigir el desarrollo psíquico del hombre de manera que pueda estar mejor armado contra las psicosis de odio y de destrucción? En modo alguno me refiero aquí a las masas llamadas incultas. La experiencia demuestra que es más bien la llamada "Intelligentsia" la que resulta más fácil presa de las funestas sugerencias colectivas, ya que el intelectual no suele tener contacto directo con la experiencia vivida sino que encuentra ésta en su forma más fácil y sintética: el papel impreso.

(3) Freud llega incluso a diferenciar en los movimientos colonialistas, ciertas empresas más elevadas para el desarrollo cultural de los pueblos conquistados -"las conquistas de los romanos -que- legaron la preciosa pax romana a los pueblos mediterráneos"-, que otras al parecer más degradantes... -Mongoles y Turcos-.

(4) En La isla desierta, Ed. Pretextos, Valencia, 2005

(5) La cautela salvaje, Ediciones Colihue, Buenos Aires

(6) Diego Tatian es investigador del CONICET, Profesor de Filosofía Política de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba.



LEER- RELEER:

Rodrigo Nieto

La guerra
como ficción
borgeana

*"La guerra se hace, se sufre, se maldice o incluso se canta;
como el destino, no se la juzga."*

Rachel Bepaloff, De la Iliada.

Se podría pensar que la vida y obra de Borges han estado atravesadas por las marcas de las guerras, las batallas, héroes trágicos y sacrificios. De un linaje familiar, que ha formado parte de las batallas independentistas y civiles del territorio argentino; muchos de sus poemas y cuentos, intentan apropiarse de dicho linaje guerrero y patriótico. Su mirada fue la de alguien cuyo destino estaba en las letras; incluso en el epílogo de su libro "El Hacedor" dirá *"pocas cosas me han ocurrido y muchas he leído"*.

Durante su infancia y temprana juventud, la vida de Borges fue marcada por la Gran Guerra (1914-1918), ya que toda su familia quedó varada en Suiza luego de que se desatara el conflicto bélico. Lo que fue un proyecto de mejor educación en Europa, se convirtió en una estadía con incertidumbre a pesar de estar en un país neutral. A su regreso al país, los sentimientos de volver a sus raíces quedan reflejados en el famoso poema "Fundación mítica de Buenos Aires" (1929):

*"¿Y fue por este río de sueñera y de barro
que las proas vinieron a fundarme la patria?*

[...]

*A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:
la juzgo tan eterna como el agua y el aire."*

El impacto de la Gran Guerra y su regreso al país lo inspiran a tomar una posición y una decisión artística. De aquella época en

constante cambio y redefinición nacional, Borges logra leer, de manera excepcional, dicha coyuntura y apropiarse de lo que podríamos llamar "versiones del conflicto"; entre el centro y la orilla, entre la tradición y la modernidad; en definitiva, de pensar la civilización contra la barbarie. Convierte al conflicto entre conceptos distantes, diversos y hasta paradójicos, como motor de su escritura.

Gran parte de su obra es un intento deliberado de transformar el regionalismo literario argentino en una literatura que logre salirse de las convenciones tradicionalistas; a través de tomar de todos los elementos que ofrece la literatura universal y reversionar bajo una perspectiva propia; para insertarse de una vez por todas dentro de dicha literatura universal. Es así como Borges, por ejemplo, logra poner en una misma serie un duelo entre dos gauchos con el asesinato de Julio César; un puñal olvidado en un cajón puede remitir a espadas legendarias o toda guerra remite a una única y repetitiva batalla, con la que Homero en sus cantos logra construir la historia de Occidente "la más antigua, la de una fuerte ciudad que cercan y defienden hombres valientes. Los defensores saben que la ciudad será entregada al hierro y al fuego y que su batalla es inútil".

El pensamiento de Borges y su posición literaria, están marcados por el conflicto y el duelo entre ideas y concepciones que por lo general son irreconciliables, contradictorias o paradójicas. Nue-

vamente, es el conflicto el que motoriza su escritura y ha tomado a la guerra como un acontecimiento y como una concepción, como una manera de poner a discutir y tensionar los conceptos que marcaron (u obsesionaron) su obra: el destino, la causalidad, el bien y el mal, el tiempo, mortalidad e inmortalidad. Como refiere Martín Kohan, en su libro "El país de la guerra": *"la guerra comporta ante todo una cosmovisión: algo más que una acción que se lleva a cabo en el mundo: una manera de interpretar el mundo; algo más que una decisión que motoriza una sociedad: una manera entera de organizar la sociedad"*.

De su obra, se destacan tres cuentos en donde los dos conflictos bélicos mundiales son parte del relato. En el libro Ficciones, se encuentra el célebre "Los jardines de senderos que se bifurcan" (1941), donde la primera guerra mundial funciona como marco situacional para incluir los conceptos de lo inconmensurable y la multiplicidad de realidades en una trama de espionaje. La originalidad del texto es que dentro de la trama genérica; se inserta la especulación filosófica sobre el potencial infinito de mundos posibles; concepto que hoy nos resulta muy familiar con los "multiversos cinematográficos" de Marvel o series como Dark pero que en su época fue novedoso.

En 1943 en Revista Sur, se publica "El milagro secreto", donde nos introduce a Jaromir Hladík, escritor judío condenado a muerte por el Tercer Reich al comienzo de la ocupación de la ciudad de Praga. Dentro de este cuento, nuevamente la guerra, es parte del

contexto siniestro y atroz de la trama; pero la esencia del relato fantástico refiere los días de espera anteriores a la ejecución, donde Hladík le ruega a Dios que le otorgue un año más de vida para finalizar su obra inconclusa "Los enemigos". Este milagro es concedido, pero se produce con condiciones inesperadas; en el instante mismo del tiroteo, el tiempo se congela y sola la mente del escritor permanece activa por un año, tiempo que usará para acabar su drama exclusivamente con las herramientas de la memoria (similar al don maldito de Funes). ¿Pero qué es lo secreto de este milagro que otorga Dios (Yahvé) a Hladík?; lo secreto, lo paradójico y lleno de ironía es que, de este milagro, de esta versión final de "Los enemigos" no quedará rastro alguno. Es un milagro, una obra en su esencia inverificable e inasible y su postulación entraña la posibilidad del milagro y del mundo que sostiene esa posibilidad. Dios, como agente del milagro, es también agente de la condena y muerte de Jaromir Hladík.

Es, tal vez, en el relato publicado originalmente en 1946 en la Revista Sur y luego incluido en el libro El Aleph (1949); "Deutsches Requiem", donde Borges lleva a un extremo su narrativa sobre la guerra; profundizando sobre temas como el nazismo y sus ideales, la condición judía, el sentido de la vida en este mundo y por sobre todo busca cuestionar las concepciones morales del bien y el mal.

Desde la elección del título del cuento, Borges toma una posición clara sobre el relato.

El "Deutsches Requiem" (1868) de Brahms, al que hace referencia el cuento se destaca por ser una composición para la meditación sobre la vida y la muerte desde una mirada optimista; que se diferencia y aleja del réquiem más litúrgico o de intención sacra. A lo largo del relato, somos testigos de la meditación de Otto Dietrich zur Linde, sobre su vida y actos durante los tiempos del Nazismo y la Segunda Guerra Mundial. El protagonista, quién por cuestiones fortuitas del destino, fue subdirector del campo de concentración de Tarnowitz; al final del conflicto bélico es juzgado por un Tribunal y condenado a muerte. Su relato previo a la condena, su reflexión autobiográfica antes de su muerte; es un intento de encontrar sentido al sufrimiento, *"darle a la muerte un significado trascendental"*. Dicha búsqueda llega a un punto en donde equipara su destino con el destino bíblico de Job. Ambos pierden su salud, su familia y sus bienes; pero se mantienen defendiendo sus conductas más allá de las adversidades. Incluso se agrega un epígrafe sobre este destino compartido: *"Aunque Él me quite la vida, en Él confiaré"* de Job 13,15.

Zur Linde toma una posición clara, lo fortuito e indeterminado de su vida se transforma en destino escrito, *"No hay consuelo más hábil que el pensamiento de que hemos elegido nuestras desdichas"*. En este último detalle, se ubica la clave: todo el relato de su vida; entremezclado con sus pensamientos; está entretejido con la noción de "causalidad". Zur Linde; en su posición de narrador se propone comprender el incomprensible destino de Alemania. *"No pretendo ser perdonado – dice-, porque no hay culpa en mí, pero*

quiero ser comprendido. Quienes sepan oírme, comprenderán la historia de Alemania y la futura historia del mundo".

Descubre que *"el nazismo, intrínsecamente, es un hecho moral, un despojarse del viejo hombre, que está viciado para vestir el nuevo...; la piedad por el hombre superior es el último pecado"*.

Para destruir su piedad, Zur Linde destruye al poeta judío David Jerusalem, un nuevo recluso del Campo, que se había transformado en *"el símbolo de una destestada zona de su alma"*. Había que crear al hombre nuevo (el prototipo del Übermensch de Nietzsche) y David Jerusalem el poeta, capaz de infundir piedad, era un escollo; por eso lo destruye para destruir los últimos resabios de piedad que había en él. *"Yo agonice con él, yo morí con él, yo de algún modo me he perdido con él; por eso fui implacable"*. Para construir el hombre nuevo del nazismo Zur Linde se destruye; de la misma manera *"para edificar el nuevo orden había que destruir muchas cosas; ahora sabemos que Alemania era una de esas cosas"*.

Si concebimos a la historia como una infinita red de incontrolables causas y de efectos imprevisibles, la suerte de Alemania halla una justificación: *"Acosado por vastos continentes, moría el Tercer Reich; su mano estaba contra todos y las manos de todos contra él. Entonces, algo singular ocurrió, que ahora creo entender. Yo me creía capaz de apurar la copa de la cólera, pero en las heces me detuvo un sabor no esperado, el misterioso y casi terrible sabor de la felicidad. Ensayé diversas explicaciones, no me bastó ninguna"*. Zur Linde, con su noción de "causalidad"; logra encontrar una ex-

plicación de su destino y del destino de su país, una respuesta a su felicidad por la derrota del Tercer Reich y en cierto punto se podría pensar un alivio. Hasta en su última línea, demuestra su fidelidad a esta ley de hierro: *“No hay culpa en mí. [...] Mi carne puede tener miedo; yo, no”*

Alemania y Otto Dietrich Zur Linde acatan un destino que los destruye, se conforman con que su destrucción sea una forma de construir un nuevo orden, un orden perfecto. Tal vez sea una esperanza absurda, pero al protagonista le permite sostener ciegamente su fidelidad al Reich.

Todo el relato de Zur Linde está presentado con la misma convicción que gobierna sus ideales; en todo su accionar no hay ni un atisbo de duda. Jonathan Littel, en su novela Las Benévolas, de una temática muy similar (me pregunto, tal vez, si inspirado en el cuento de Borges) describe de manera cruda y precisa el punto sacrificial de los jefes nazis: *“...no podía sino transmitirnos una frase del Führer, que había oído de los mismísimos labios de éste: los jefes le deben a Alemania el sacrificio de sus dudas.”*

Borges, de manera magistral e impactante, nos muestra que, para combatir el mal, no basta solo con atribuirlo al otro, sino también reconocer su presencia, al menos potencialmente, en uno mismo. Nuevamente se ubica al conflicto entre dos elementos como motor de su escritura; donde la guerra es la civilización; la civilización es la causa de la guerra.

Para finalizar, pienso en un Borges que desde el inicio del conflicto bélico tomó una posición pública claramente antibelicista, antinazi y horrorizado por el Holocausto *“Ser nazi (jugar a la barbarie enérgica...) es, a la larga, una imposibilidad mental y moral. El nazismo adolece de irrealidad, como los infiernos de Erígena. Es inhabitable; los hombres sólo pueden morir por él, mentir por él, matar y ensangrentar por él. Nadie, en la soledad central de su yo, puede anhelar que triunfe”*.

A su vez, propio de toda su obra, hay que pensar en un reflejo opuesto en toda imagen, una moneda tiene siempre dos caras que las une, pero diferencia. De alguna manera, Borges cuando escribe el cuento, debe convertirse en nazi, pensar como uno para así encontrarle un sentido y convicción al ideal que gobierna a Alemania y a Zur Linde. Así lograr brindarle una conciencia ficcional auténtica.

Borges, en un momento aunque sea ínfimo, fue Otto Dietrich Zur Linde.

“No pretendo ser perdonado, porque no hay culpa en mí, pero quiero ser comprendido. [...] Mañana moriré, pero soy un símbolo de las generaciones del porvenir.”

Celebrar



Cuando anunciamos el número embestida escribimos:

Y aquí estamos, alrededor de algún fuego, cada uno en lo suyo, en un territorio compartido, entre poemas, cuentos, ensayos, novelas, textos propios, de unos de otros, de varios. Editorial

...Eran muy pocos los que lo vieron. Pocos porque toda la aldea soñaba a esas horas. Ellos, en cambio, preferían privarse un poco del sueño para reunirse a contar sus cosas -y sobre todo las cosas de los otros- alrededor de un fuego. Juan Pawlow- Contar.

“Los narradores retroceden más y más en el tiempo hasta un claro del bosque donde arde una enorme hoguera y los antiguos chamanes bailan y cantan, porque nuestro patrimonio de cuentos se originó en el fuego, la magia, el mundo de los espíritus. Y es allí donde permanece, hasta el presente. Si consultamos a algún narrador moderno, nos dirá que siempre existe un momento de contacto con el fuego, con aquello que nos gusta llamar inspiración y que se remonta al pasado remoto hasta el origen de nuestra raza, al fuego, al hielo y a los fuertes vientos que nos dieron forma y que conformaron nuestro mundo. El narrador vive dentro de todos nosotros...” Fragmento de Doris Lessing que nos recordaba Patricia Martínez Bin- Continuar.

Cómo no íbamos a celebrar LA LUMBRE

“...un refugio de palabra y fuego, un espacio de resistencia cultural, donde la literatura es la excusa para celebrar la vida en todas sus formas” en palabras de María Eugenia Sánchez que nos contó su experiencia y compartió las fotos.

*“Ando las travesías del retamo desnudo
Y en Barreal amanezco entre álamos y alfalfa;
repecho el Mercedario con el lucero al hombro
y me quedo mirando por los ojos del agua.
Soy tu áspero contorno, San Juan, esa tropilla
de altos lomos azules que anda los cuatro vientos.
Por el lazo del ojo me voy sobre la gente*

*Y le planto en la vida el alma de este
suelo”*

Leónidas Escudero

“Si hay Lumbre, no hay oscuridad”

María Eugenia Sanchez

Parafraseando al gran Julio Cortázar, el amor no se elige, es un rayo que parte los huesos y lo deja a uno estaqueado en la mitad del patio. De este modo resumo mi paso por Barreal, un pueblo que me enamoró y plantó en mi vida el alma de ese suelo.

De cara a la cordillera de los Andes, en el corazón de San Juan, se esconde uno de los valles más lindos de nuestro país. Allí, un pueblo llamado Barreal, en el departamento de Calingasta, se mece acunado por los álamos y el sonido del agua que corre por las acequias.

Dueño del horizonte, el cerro Mercedario, custodio de uno de los cielos más diáfanos que conocí.

Lo más lindo de ese viaje han sido las personas que, gracias a la generosidad de quienes me recibieron, crucé durante mi estadía. Tuve el privilegio de participar como invitada en uno de los encuentros de “La Lumbre”, encuentro de lectura.

Bajo el cielo estrellado de Barreal se enciende la llama que convoca a la palabra de cada una, de cada uno.

No es solo un encuentro de lectura, es un ritual, una celebración de la autogestión y del poder de la voz y la narrativa. La lumbre nace en el año 2022 por iniciativa de Nuria Año y Aníbal Maturano, inspirados en “El Silencio”, evento literario que tiene sede en la ciudad de San Juan.

Los temas y el lugar de reunión cambian de sesión a sesión y las

decisiones se toman colectivamente, de manera colaborativa y horizontal.

La velada se inicia con el crepitar de la leña y el encendido del farol. Ritual ancestral que recupera la tradición milenaria de contar y contarse alrededor del fuego.

Cada uno trae consigo textos propios o ajenos para compartir con otros que, con su escucha amorosa, alojan los decires singulares, la diversidad de voces y de estilos.

Sin ataduras a instituciones, ni a convenciones dominantes, el encuentro fluye en una atmósfera de intimidad y respeto.

El encuentro en el que participé se llevó a cabo en “La querencia. Casa de campo”, bajo la consigna “Piel”

Recibí la gratitud de quienes escucharon mi escrito y fue una oportunidad para escuchar a otros narrando sus textos o prestando su voz a textos de autores extraordinarios.

Adela fue la anfitriona de la velada, una mujer mágica, de esas que, por su estilo, su audacia y su impronta, no pasan desapercibidas en la vida de quienes, como yo, tienen la suerte de cruzarla en el camino.

Conocí a Alejandro, escritor y lector empedernido, propulsor de espacios contraculturales, valientes, osados. Un facilitador de lo singular en un mundo que empuja a la uniformidad de la masa.

Conocí a Romina, porteña, con un pie en Rodeo y otro en Barreal, fotógrafa y tejedora. Romi insufla entusiasmo, es un placer escuchar sus proyectos gestados desde lo que ella sabe muy bien: tejer redes.

Fernando, un sanjuanino de pura cepa, pescador desde la cuna y autor de un poemario que merece la pena ser leído.

No me quiero olvidar de Aníbal, intrépido montañista, escritor, autor de un libro precioso sobre este pueblo que cautiva con su belleza. Aníbal fue el encargado de encender la lumbre.

No faltaron el mate, el vino, las empanadas y la sopa caliente. No faltó el dulce de membrillo de Adela, el pan de masa madre y el saludo con dos besos, una tradición local que, según dicen los lugareños, nos pone a resguardo de la soledad y el desamor.

Cuando las llamas se extinguen, los participantes se despiden hasta la próxima velada.

El farol se apaga dejando la promesa de un nuevo encuentro, de nuevas historias.

La Lumbre, un refugio de palabra y fuego, un espacio de resistencia cultural, donde la literatura es la excusa para celebrar la vida en todas sus formas.

M. Eugenia Sánchez- Junio 2024

Ilustraciones

Gache Roldan

Unas breves líneas sobre mi obra.

Cómo artista visual me conmueven e interesan los temas del hombre contemporáneo atravesado por sus incertidumbres y certezas. Las preguntas que formulan mi obra están en torno a estas cuestiones.

Lo social, lo político, la ecología son temas que, como un hilo de Ariadna, atraviesan todos mis trabajos..

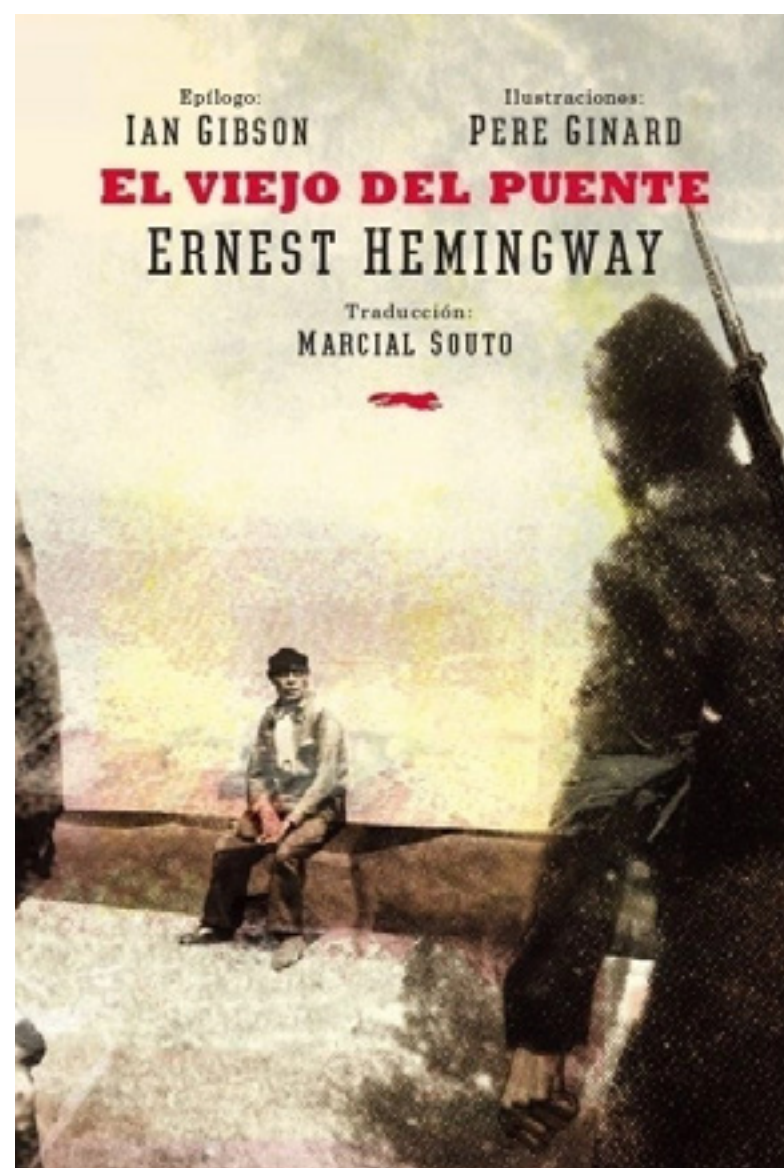
Actualmente estoy probando nuevas técnicas y soportes.

Me gusta esa incomodidad creativa de búsqueda, esos momentos sublimes dónde surge algo inesperado, que me sorprende e interroga, siendo ésta una motivación constante en mi.

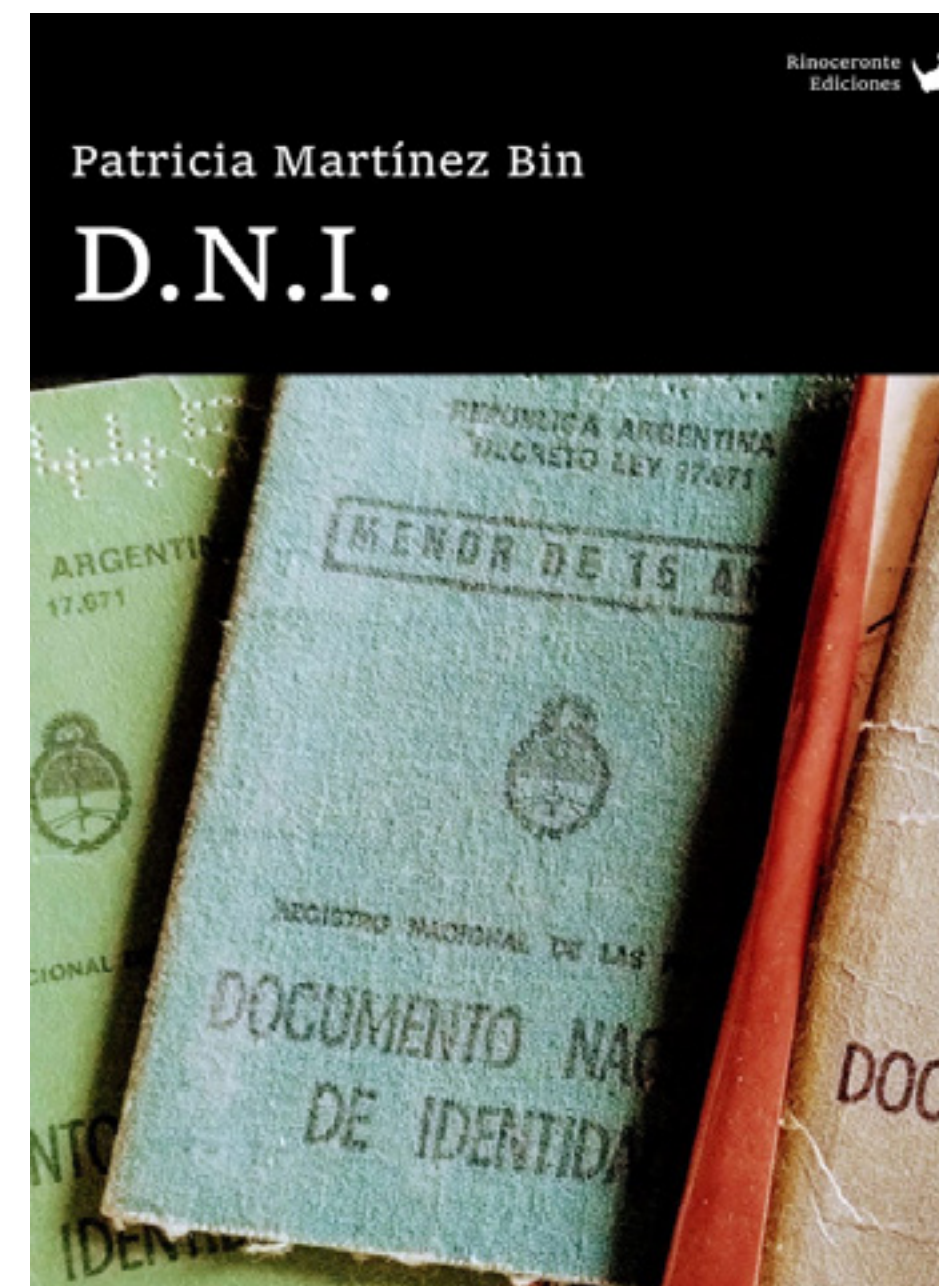
Me interesa investigar la articulación de técnicas combinadas como la fotografía con las artes gráficas. Las composiciones fotográficas me permiten componer imágenes para luego llevarlas al dibujo, al grabado, a la pintura, al collage


La Yapa

El Viejo en el puente. *Ernest Hemingway*
Lectura del cuento por Patricia Martínez



D.N.I. Novela de Patricia Martínez Bin



A red-tinted image featuring a bull hanging from a rope against a cloudy sky. The bull is positioned on the left side of the frame, suspended by a rope that extends from the top edge. Below the bull, the landscape consists of a series of wavy, undulating hills or dunes. The text "nos vemos en el número 6" is overlaid on the right side of the image.

nos vemos en el
número 6

www.rinoceronte.com.ar

contacto@rinoceronte.com.ar

 [@revista.rinoceronte](#)

 [@rinoceronterevista](#)

 [@gacheroldan](#)